

# CHINA

## VEINTE AÑOS DE INJUSTA SEGREGACION

El régimen de su país no le acepta. Josué de Castro era uno de los primeros en la larga lista de los represaliados cuando el golpe de Estado que hizo caer en el Brasil al Presidente Goulart y elevó al mariscal Castello Branco. Fue condenado a la pérdida de derechos cívicos durante diez años. Su patria, hoy, es el mundo. No es una frase: su gran categoría científica le sostiene en altos puestos de organismos internacionales (director del Centro Internacional de Desarrollo en París, en la actualidad; ha sido presidente de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y Agricultura, FAO), y sus artículos y libros tienen gran resonancia mundial. Doctor en Medicina y en Filosofía, antropólogo y sociólogo, dedica su vida al estudio del hambre y a la lucha contra ella. Su libro, "Geografía del hambre", estudiaba la subalimentación en el Brasil; en "Geografía del hambre", el estudio abarcaba todo el mundo. Una de las tesis más revolucionarias del doctor Josué de Castro es esta: no es el exceso de población en el mundo la causa del hambre de dos tercios de la humanidad (situados en los países subdesarrollados), sino que, por el contrario, es el ham-

bre la que causa el aumento de población, y hay una influencia clara del hambre en la tasa de fecundidad. Josué de Castro es contrario a las medidas de control de natalidad que, según él, producirían un efecto contrario al deseado y provocarían una reducción mayor en la producción alimenticia. Lo que hay que hacer es proporcionar alimentación suficiente a la parte hambrienta del mundo, y en ese caso la proporción demográfica se estabilizaría por sí misma. Para ello, es preciso un cambio total en la organización de las estructuras sociales mundiales, a partir de las explotaciones coloniales.

Josué de Castro nació en Recife el 5 de septiembre de 1908. Fue doctor en Medicina a los veintiún años y catedrático de Antropología y Geografía Humana en Río de Janeiro desde 1933 a 1938. Fundó y dirigió un centro de Alimentación y Previsión Social, destinado a examinar las condiciones nutritivas de las clases proletarias de su país. Presidió la FAO de 1952 a 1956. Ha sido diputado, consejero del Presidente Kubitschek y representante de su país en las Naciones Unidas. Exiliado forzoso, reside actualmente en París.



EL problema de la segregación, que dura ya desde hace veinte años, y que atañe a más de 700 millones de chinos, con respecto al resto de la comunidad humana, merece en nuestra opinión mucha más reflexión y análisis en profundidad que los que le dedica la prensa mundial, abierta siempre a los «sucesos» —vuelos a la Luna y golpes de Estado sudamericanos, por ejemplo— con los que llena sus columnas, que al problema dramático del probable comportamiento del pueblo chino en los años venideros frente a la conspiración mundial contra su existencia como pueblo y como nación.

Es cierto que Occidente nunca se ha interesado mucho por la existencia de China. A causa de esta actitud un tanto pretenciosa y fundamentalmente errónea adoptada por Occidente respecto de los valores culturales de Oriente hemos ignorado siempre cuál era la auténtica sustancia de China. Por ello, en todas las épocas, e incluso en nuestros días, China ha asombrado siempre a los pueblos occidentales, a pesar de sus cuatro mil años

Por JOSUE  
DE CASTRO



La revolución china y la nueva estructura social del país son el resultado más sorprendente del contacto entre la civilización moderna occidental y la civilización tradicional china. La doctrina que llevó Mao fue el catalizador que cristalizó el impulso de las reivindicaciones nacionalistas.

de existencia como auténtica civilización. La historia de los esporádicos contactos de Occidente con China toma siempre forma de revelaciones sucesivas, como si cada vez Occidente volviera a empezar a descubrir la civilización china, siempre ignorada aunque se hayan tenido noticias de ella mucho antes de que nuestra era comenzara. Pero se trata de un conocimiento siempre vago, siempre distante, hecho más bien de incomprensión y de perplejidad que de apreciación e identificación.

El gusto aristocrático por las diferencias y las separaciones, tan característico de los pueblos occidentales en lo que respecta a Oriente, se ha formado, en primer lugar, con arreglo al criterio del pintoresquismo y del exotismo, es decir, de la no aceptación y de la subestimación de todo aquello que escapa a las experiencias sensibles de sus razas; pero, a continuación, se ha acentuado al ponerse al servicio de intereses subalternos, de intereses por dominar y explotar a los pueblos exóticos, considerados «a priori» como inferiores y necesitados, en consecuencia,

del apoyo y la tutela de los pueblos superiores. Las costumbres exóticas, luego bárbaras, de estos pueblos justificaban en cierta medida que se les conquistara por la fuerza y que se les explotara sin la menor humanidad. Los indios de América no eran hombres, eran animales. Los chinos tampoco eran hombres, eran demonios embrujados. Todos necesitaban, pues, el yugo de la civilización occidental para domesticarse, para adquirir un comportamiento más humano, más a la medida de nuestro pretendido humanismo.

Este cliché de la China, «país de las aberraciones», que circulaba en todo el Occidente ayudó a los occidentales a tranquilizar su conciencia. Contribuyó a justificar la incomprensión voluntaria de los soldados y de los misioneros, cuya misión no consiste en comprender, sino en conquistar cuerpos y almas, e incluso la de los comerciantes y la de los turistas que, según la expresiva fórmula de Sartre, no son más que militares tibios, saqueadores de una guerra fría que se lleva a cabo gracias a las

armas del cambio y de los derechos de aduana.

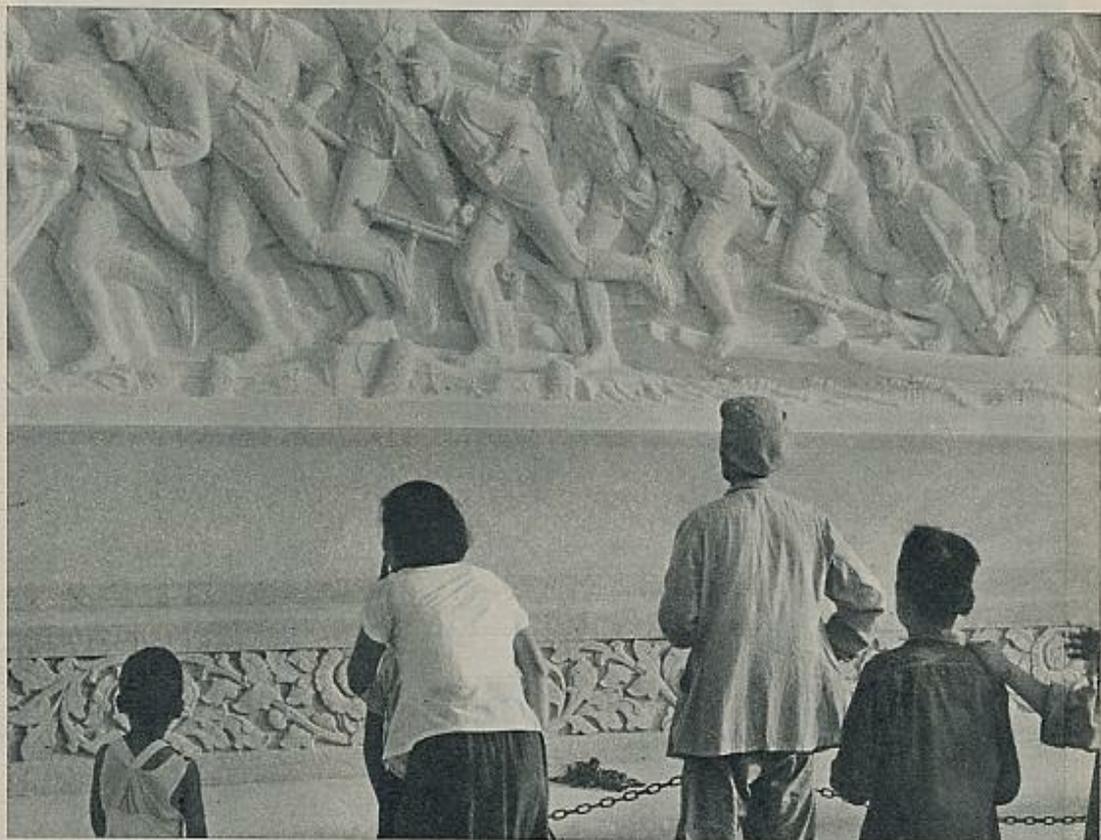
**UNA IMPRESIONANTE MUTACION.**—Esta China por oposición, producto de la ilusión de toda nuestra civilización, más preocupada por buscar una coartada para su comportamiento moral que por descubrir bajo la diversidad de las apariencias que la separan de la civilización china la unidad de sustancia que une a dos culturas, la China ha sido recientemente motivo de una nueva sorpresa trágica para Occidente. Nuestra inexplicable sorpresa ante la realidad social de la nueva China, que, sin embargo, sigue siendo la China eterna y eternamente ignorada por Occidente, madurada al calor de una filosofía occidental, el materialismo histórico de Marx, transportado a través del puente que forma la Unión Soviética entre Europa y Asia. Nueva sorpresa para Occidente, porque los pueblos occidentales no podían dejar de asombrarse ante la impresionante mutación que se ha producido en China y de la que este país ha surgido como una de las grandes potencias mundiales. Nada más des-

concertante, más imprevisto, menos concebible, que ver nacer todo un sistema organizado de dinamización y de renovación de ese mundo de estancamiento y desorden que a ojos de Occidente era la China clásica.

¿Cómo un pueblo apático y fatalista, resignado e indiferente como parecía ser el pueblo chino podía lanzarse en cuerpo y alma a una guerra total contra obstáculos de todo orden —naturales y culturales—, contra la furia de los elementos y la incomprensión hostil del mundo, para hacer cristalizar, de la noche a la mañana, una estructura política coherente y activa, ordenada y creadora, la de la nueva República de China? O bien nada de eso existe —nada de esa nueva China de la que los visitantes extranjeros hablan maravillados, de esa era posrevolucionaria— y China sigue siendo un sueño y una leyenda, una ilusión debida a la magia china, o bien China impone al mundo su realidad, su realidad indudable y terrible, desenmascarando así todos los artificios del mundo occidental que, por ignorancia o mala fe, la describía como un

Mientras Occidente ve en la placidez china la imagen misma de la inactividad, esta placidez traduce en su esencia un esfuerzo creador activo, indiferente a otras solicitudes de menor valor y concentrado, en último extremo, en la búsqueda de la felicidad, en la verdadera finalidad de la vida.

# CHINA



país perdido, irremediamente hundido en la miseria más sórdida y en la más satisfecha apatía.

Al basarse en la noción de psicología de razas, Occidente falseaba enteramente la realidad del pueblo chino. Para empezar, la raza es una abstracción antropológica sin existencia real. Lo que es auténtico es el pueblo, producto de la mezcla constante de diversas razas y de la acción condicionante del medio natural y cultural o, para utilizar un lenguaje más directo, producto de las circunstancias. Lo cual equivale a decir que si las circunstancias se modifican la psicología del pueblo también lo hace. Así puede pasar de ser perezoso a ser trabajador, de ser diligente a caer en un estado de apatía colectiva, ya que los gérmenes de todos esos caracteres se encuentran en potencia en la condición humana del hombre, semejante en todas las latitudes, bajo los cielos más diversos, bajo todos los colores de piel. La sustancia no cambia, lo que varía es la densidad.

Así son los hombres, así son los pueblos. La mayoría de las veces su apariencia refleja las circunstancias, pero su realidad se sumerge en el fondo del corazón de su sustancia esencial. Los psicólogos occidentales que ponían una etiqueta definitiva a los

pueblos después de haber observado las reacciones de algunos individuos frente a circunstancias pasajeras eran extremadamente ingenuos. Como desde hace siglos los chinos sufrían hambre con una estoica resistencia, como parecían resignados ante las ofensas y la opresión del colonialismo, como ni la pobreza ni la miseria les hacían perder la sonrisa, se había decidido de una vez para siempre que eran apáticos y resignados...

**UNA RESIGNACION SUPERFICIAL.**—En realidad, esa apatía y esa resignación de superficie no hacían más que traducir una táctica frente a las circunstancias, un modo de acordarse con las apariencias para asegurar la perennidad de la sustancia. El Occidente se dejó coger en esta trampa, confundió la apariencia con la sustancia, interpretando las duras victorias interiores del espíritu y su adaptación a las circunstancias como ausencia o embotamiento del mismo espíritu, cuya fuerza, sin embargo, era tan notable.

De este fondo de perennidad de la China ha surgido, hace siglos, un prototipo humano, el del hombre armonioso que intenta integrar su personalidad lo más posible a los modelos del mundo. Es por esto que no hay civilización más humana y más univer-

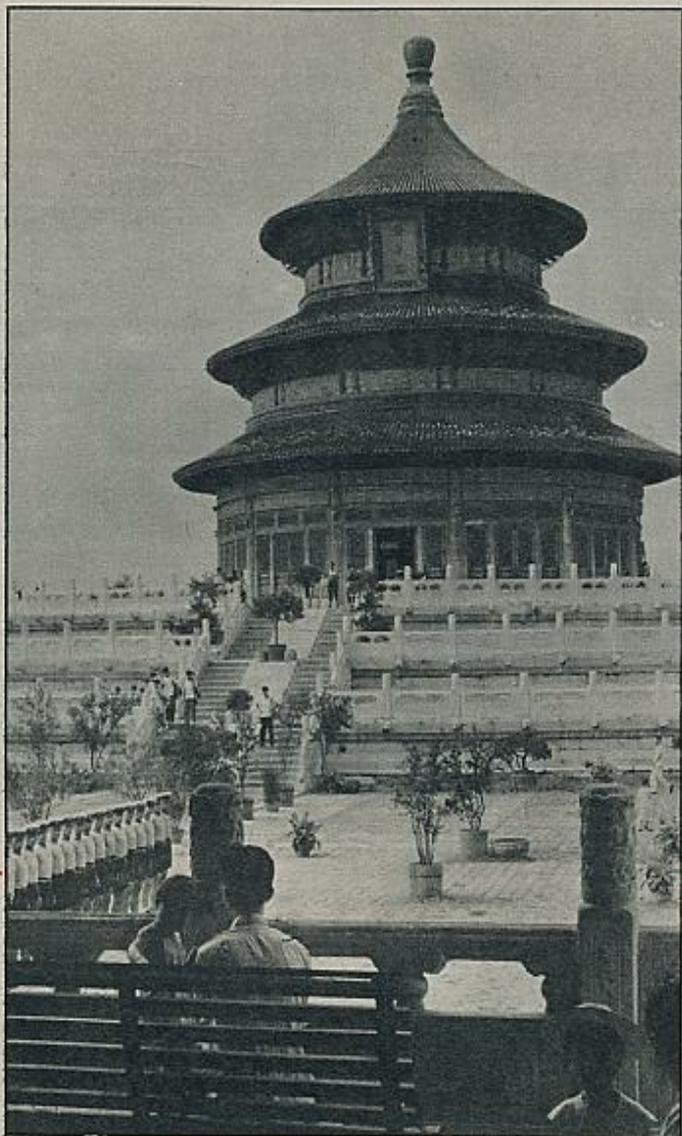
sal que la china. El carácter más evidente del hombre armonioso producido por esta civilización es su aspiración a identificarse al mundo, mientras que el hombre heroico producido por la civilización occidental aspira a dominar el mundo. Uno busca la grandeza del mundo a través del esfuerzo interior, el otro quiere dominar el mundo a través de la grandeza de su esfuerzo exterior. Uno aspira al dominio de sí mismo para acceder a la alegría de vivir, el otro a dominar lo que está fuera de él para obtener la satisfacción del poder.

El error de los occidentales consistió en mezclar las apariencias y en confundir actividad y agitación. Mientras Occidente ve en la placidez china la imagen misma de la inactividad, esta placidez traduce en su esencia un esfuerzo creador activo, indiferente a otras solicitudes de menor valor y concentrado en último extremo en la búsqueda de la felicidad, es decir, en la verdadera finalidad de la vida.

El pueblo chino se consagra con ardor a esta aspiración de identificarse interiormente con el sentido de la vida, aún indescribible para todos los pensadores de Occidente. Lo que Confucio ha predicado y el pueblo chino ha aceptado es una filosofía de la vida fundada en el perfeccionamiento gradual del comporta-

miento humano, para elevar la vida social al nivel de la armonía universal. Una regla de conducta para hacer a los hombres iguales a los dioses, una conducta que es, pues, el signo de una ambición casi infinita y no el de una indiferencia infinita, como ha interpretado Occidente.

Así, lo que al occidental se le antojaba resignación no era más que sabiduría, lo que parecía inmovilismo no era sino preparación interior. Bajo la superficie plácida de este inmenso mar humano se formaban las grandes corrientes submarinas que ponían en situación un sistema de fuerzas complejo, capaz de provocar toda una renovación social, todo ello sin que Occidente lo presintiera, a pesar de que los vientos que soplaban de aquel lado debieran haber tenido una influencia decisiva en la explosión de la tempestad. En realidad, ha sido Europa, durante los cuatro siglos que ha durado su dominio de Oriente, quien ha inoculado a los pueblos asiáticos, tanto a través del juego de las resistencias como a través de la capacidad de adaptación de estos pueblos, una vitalidad y una conciencia nuevas que les permitieron reencontrar poco a poco su independencia y su fuerza creadora, como destaca muy justamente el escritor indio Pannikar.



La revolución china y la nueva estructura social de este país constituyen el resultado más precioso y sorprendente de este contacto entre la civilización moderna occidental y la civilización tradicional china. De ahí su originalidad y su dualismo, que permiten que subsistan las torres de porcelana y los techos de loza con las fábricas, los arsenales, las máquinas ultramodernas. Lo que se construye en la China actual es algo que tiene el mismo alcance, la misma significación histórica que el cristianismo y el islamismo, considerados por Toynbee como expresión de un contraataque de los mundos sirio y judaico frente a la penetración grecorromana. Se trata, pues, de productos típicos del contacto de culturas diferentes. Toynbee señala aún que la palabra Jesucristo, que tanta importancia tiene para Occidente, es prueba del encuentro de la civilización grecorromana y de la civilización siria, de donde ha surgido el cristianismo: Jesús viene de la tercera persona del singular de un verbo semítico, y Cristo del participio pasado de un verbo griego. Estos dos nombres son el signo de que el cristianismo ha nacido del contacto de dos culturas, concluye Toynbee.

Es evidente que una unión semejante no se lleva a cabo sin grandes dificultades, sin cho-

ques y conflictos de todo tipo. En el caso de China no ha resultado fácil para la civilización occidental penetrar en la esencia de su cultura para poder fecundarla.

Al hacer uso de la técnica importada, los chinos intentaron liberarse por la revolución de 1911; pero pronto se dieron cuenta de que el instrumento —aquella nueva técnica— no bastaba, y de que era preciso también saber utilizarla de un modo nuevo y diferente al de los occidentales, cuya estructura económica y relaciones sociales estaban lejos de favorecer la liberación de los pueblos subdesarrollados. Por ello, los chinos recurrieron a un tercer elemento, una filosofía social que les permitiera sacar partido de aquel instrumento, de aquella técnica que, hasta entonces, había sido utilizada contra ellos. Esta filosofía social fue el mar-

xismo, producto de la civilización occidental, como una especie de herejía cristiana trasplantada por los rusos al marco asiático.

#### LA CIVILIZACIÓN TRADICIONAL, ASOCIADA A LA TÉCNICA OCCIDENTAL.

—China se dejó asumir por el marxismo, o mejor por el marxismo-leninismo, al descubrir en esta doctrina la posibilidad de servirse de su enorme fuerza latente para liberarse del yugo del hambre y de la miseria bajo el que el colonialismo la tenía inclinada. El marxismo no fue sino el catalizador que hizo que bruscamente cristalizara todo el impulso contenido de reivindicaciones nacionalistas, el deseo de liberación y de autodeterminación. Con la fuerza de su civilización tradicional asociada a la técnica occidental y avivada por una ideología que le daba nuevas esperanzas, el pueblo chino se lanzó

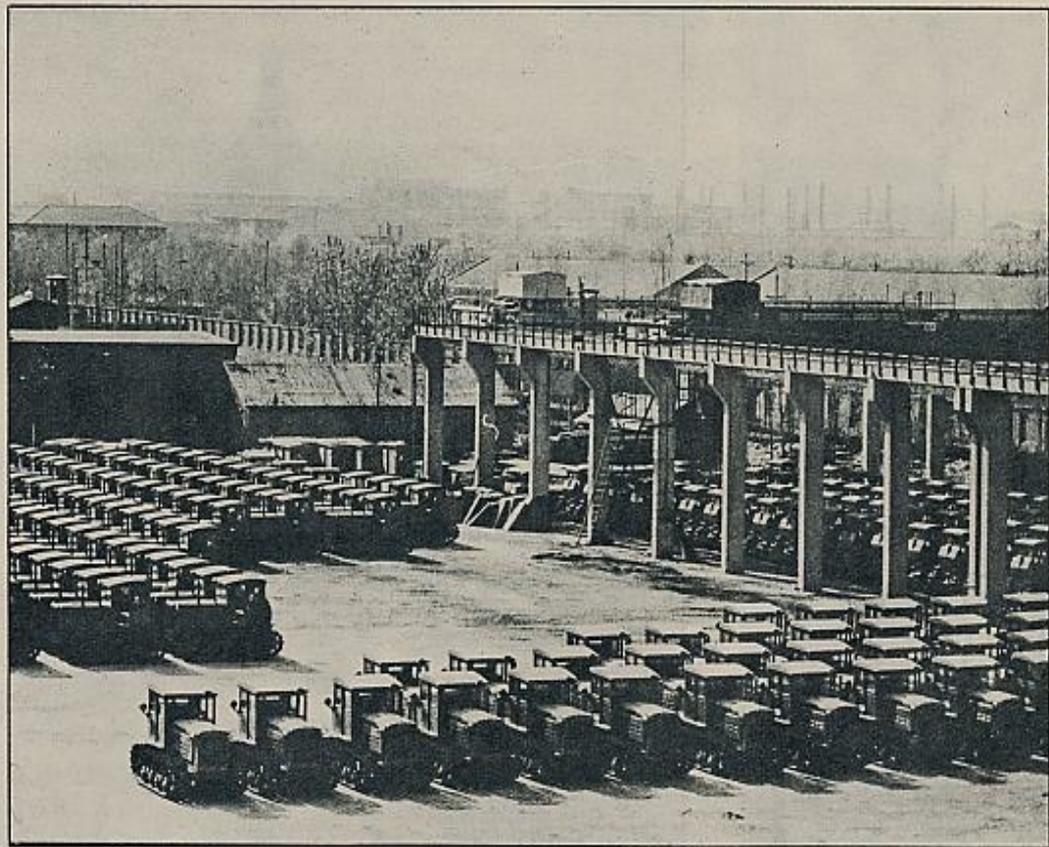
El pueblo chino se consagra con ardor a la aspiración de identificarse interiormente con el sentido de la vida, aún indescifrable para todos los pensadores de Occidente. Lo que Confucio ha predicado y el pueblo chino ha aceptado es una filosofía de la vida fundada en el perfeccionamiento gradual.

en cuerpo y alma a la lucha por su liberación, de la cual debía surgir la nueva China, potencia mundial. Aunque la actual sociedad china cuente en su composición con ingredientes de diverso origen, no por ello el fondo de su civilización deja de permanecer inalterable. Lo que la revolución ha provocado en realidad es la vuelta a la superficie aparentemente estancada de esta civilización de todas las formas, de todos los impulsos que actuaban en el fondo, como si se tratara de otras tantas fuerzas de adaptación y de resistencia, constantes de su civilización.

De hecho, pues, lo que se llama la nueva China no es sino la China eterna, la vieja China liberada del yugo colonial y vuelta a la superficie gracias al poder que ha revolucionado la estructura del Estado y que ha hecho nacer, sobre la vieja tierra, un espíritu creador nuevo, un nuevo sentido de la vida.

Sobre el fondo de eternidad se destaca un rasgo característico en el paisaje humano de la nueva China: la exaltación en que vive hoy su pueblo, su entusiasmo, que representa un acto de afirmación constante, una especie de convalecencia después de la larga y sombría enfermedad de la ocupación colonial. En la fisonomía de los primeros chinos que ve el visitante ex-

# CHINA



tranjero se nota ese estado de exaltación, que es más impresionante que la propia felicidad, puesto que se trata, por definición, de un estado fecundo, activo y creador. Se siente que el pueblo chino, liberado de la opresión extranjera, se afirma con la confianza de quien comprende que en la actualidad China tiene una dignidad y un porvenir.

Esta afirmación de vida, este «new deal» emocional, constituye, en mi opinión, el factor más activo en la reconstrucción de China. Más eficaces que la propia técnica, que la transformación de las estructuras sociales, son la transformación y la transfiguración de los hombres que dan a los diversos programas de desarrollo el apoyo popular, la adhesión completa y masiva que pueden realizar verdaderos milagros. ¿No es un milagro, en efecto, esa superación de las fuerzas humanas que ha permitido que se venza completamente al hambre, en el país del hambre por excelencia, en veinte años de gobierno? Todo ello, además, sin grandes recursos técnicos ni financieros y sólo gracias a un inquebrantable esfuerzo colectivo.

Al adoptar una técnica y una filosofía social nacidas en Occidente, China ha salido de su maras-

mo aparente y se ha lanzado a una obra ciclópica: la de dotar de un nuevo estilo de vida a la población más numerosa del mundo, con sus setecientos millones de habitantes. Quiere hacerlo en un estilo que dista mucho de renunciar a las bases de su civilización clásica. Por el contrario, las nuevas estructuras sociales se elevan sobre un fondo de autenticidad china, pero de la China real, no de la de pacotilla que Occidente conoce.

A pesar de la técnica occidental, del marxismo germánico y del leninismo eslavo, la China eterna subsiste y parece absorber estos nuevos signos de cultura casi sin alterar la más íntima sustancia de su propia civilización. El advenimiento de la nueva China traduce, pues, un hecho de mutación cultural, un hecho histórico irreductible, que el mundo debe aceptar y mirar cara a cara y cuyas consecuencias habrá de sufrir necesariamente.

## FRENTE AL RESTO DEL MUNDO.

—Al situarse en primer plano de la historia como gran potencia en esta segunda mitad del siglo XX, ¿cómo se comportará China en sus relaciones con el resto del mundo? ¿Cómo se establecerá el diálogo entre China y el mundo ahora que, independiente económicamente y do-

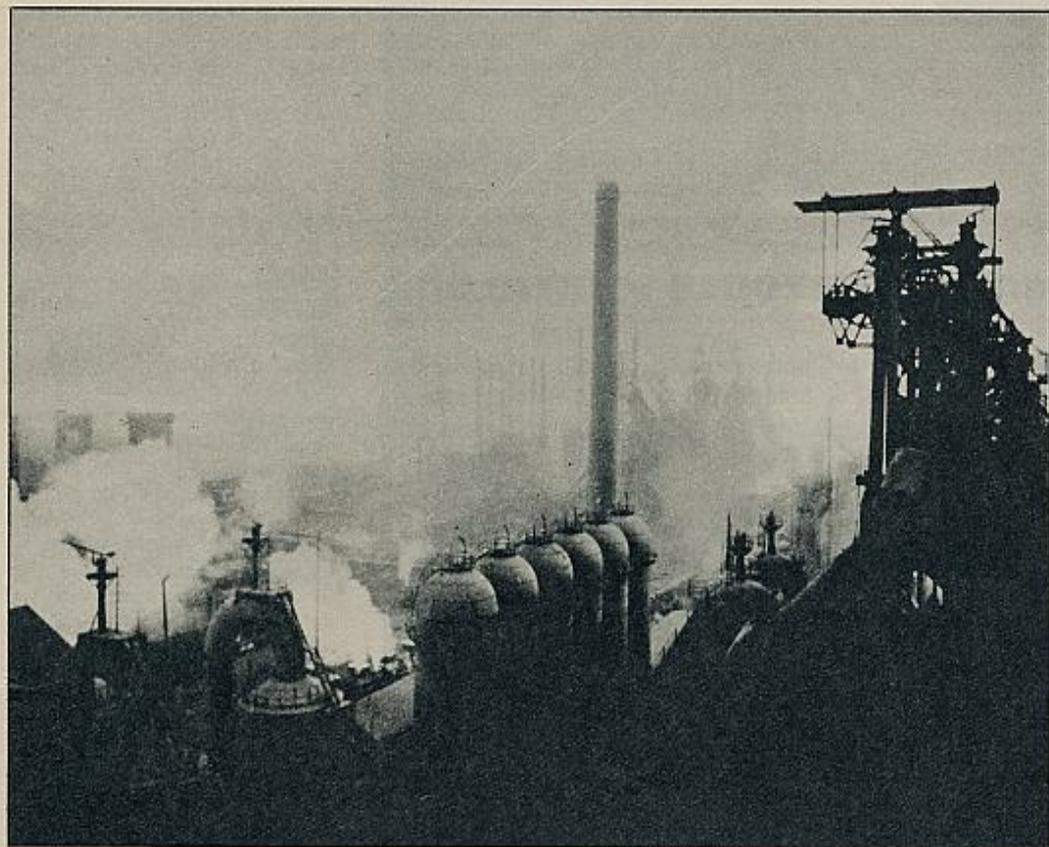
tada de poder atómico, China pesa indiscutiblemente sobre el destino de la humanidad? En lo que respecta al mundo asiático, el problema está absolutamente claro. En casi todos los países de la zona, su prestigio crece de modo impresionante. Aunque de culturas diferentes, todos estos países viven en este momento una aspiración común: la del nacionalismo, y reivindican sus libertades políticas.

Este despertar es el que proclama hoy en toda Asia, como un himno de victoria, las grandes realizaciones de la nueva China. En contrapartida, en Occidente, los sentimientos frente a esta transformación son complejos y contradictorios. Algunos ven en este acontecimiento el renacimiento amenazador del «peligro amarillo», la reaparición de las hordas mongólicas devastadoras de Occidente, como en tiempos de Gengis Khan; otros ven en el humanismo cultural de China y en la universalidad de su civilización el renacimiento de la esperanza de que un día el mundo llegará a esa solidaridad cultural de la que habla Elie Faure como signo de nuestro tiempo.

De hecho, el comportamiento de China respecto al mundo occidental no depende únicamente de las características de su cul-

tura, de sus tendencias históricas y de sus aspiraciones de vida, sino que depende, sobre todo, de la actitud de Occidente ante la realidad político-social de China. Si Occidente, negándose a admitirla, quiere oponerse por la fuerza a los designios de la historia, resucitando aquella era de dominación que, comenzada en el siglo XV, con Vasco de Gama, terminó en 1945, y durante la cual, según dice Toynbee, el mundo ha sufrido agresiones implacables e incesantes de Occidente, resulta evidente que éste encontrará en China un temible bastión, dispuesto a defender por todos los medios su libertad, conquistada al precio de tanto sudor, sangre y humillaciones.

En esta defensa desesperada, China podría ir hasta el fanatismo de la guerra nuclear; es decir, hasta el suicidio de la especie humana. Pero si Occidente reconoce que el colonialismo está agonizando, que Asia toma conciencia de su destino y que ya no se trata de dominar a sus pueblos mediante la opresión y la corrupción, entonces encontrará en China toda la receptividad necesaria para llegar a un entendimiento mutuo que incluso vaya más allá de la simple coexistencia y de la tolerancia, llegando hasta el aprecio recíproco y la colaboración activa



Gracias a un inquebrantable esfuerzo colectivo, el país del hambre ha superado sus taras seculares. Y todo ello, sin grandes recursos técnicos ni financieros. El advenimiento de la nueva China es un hecho de mutación cultural, un hecho histórico irreversible que el mundo debe aceptar y mirar cara a cara.

para la construcción de un mundo mejor.

No entiendo por qué se obstina el mundo en no tender una mano y hablar cara a cara con la China. La razón quizá esté en el miedo. El miedo de esa masa rugiente de cerca de setecientos veinte millones de hombres, el miedo a la ideología que la galvaniza: el comunismo. El miedo a que esa masa obsesionada pueda repetir el apocalipsis de las invasiones mongólicas que devastaron las llanuras de la Europa Oriental. Ahora bien, no hay que olvidar que aquellos mongoles que invadieron el Occidente, también invadieron la China. Y que la China nunca ha invadido ningún país del mundo.

¿Por qué, pues, tener tanto miedo, y por qué, en función de ese miedo insensato, llegar a un estado de cosas que acabe por justificarlo? En el fondo, después de la revolución de 1949, el carácter más profundo de este pueblo no ha cambiado, puesto que la campaña que tomó mayor resonancia, desde la victoria de Mao Tse Tung fue la campaña a favor de la paz mundial, aspiración suprema.

Después de 1949, año de la revolución, los chinos no se han puesto a amenazar a nadie, sino a trabajar, en el campo como campesinos y en las fábricas

como obreros, para desarrollar un amplio plan de expansión de la economía nacional y de integración social de la masa humana. China no ha encontrado más que un solo país que la ayude en este esfuerzo gigantesco: la Unión Soviética. Durante los diez años que siguieron a la victoria de Mao Tse Tung, de 1949 a 1959, la URSS concedió créditos evaluados en dos mil millones de dólares para que la China se equipara. Proporcionó, por otra parte, siete mil técnicos que colaboraron en la instalación de industrias en el país. Recibió a doce mil chinos en sus centros de estudio y formación. Con esta ayuda técnica y financiera, el aliado chino progresó rápidamente en el camino del desarrollo socialista. Ya en 1959 China había eliminado de todo su territorio la plaga del hambre, victoria espectacular en un país que era el símbolo del hambre.

Sin embargo, Occidente seguía manteniendo una actitud de reserva, indiferencia u hostilidad ante este esfuerzo sobrehumano. Si bien algunos países han reconocido al gobierno chino, la mayoría de ellos no han querido tener contactos con esta nueva nación. En las Naciones Unidas, bajo el liderazgo de los Estados Unidos, que exigen el aislamiento de la China, la mayoría

de los miembros bloquea siempre la entrada de este gran país en la organización mundial. Ahora bien, esta política de aislamiento forzado, de auténtica segregación y de discriminación del pueblo más numeroso de la tierra, ha llevado a China a considerar a Occidente como un enemigo implacable al que hay que combatir y, si es necesario, exterminar para poder sobrevivir.

No es impidiendo a China el acceso a las Naciones Unidas o estableciendo, como siguen queriendo los Estados Unidos, un cordón sanitario para aislar a China del resto de Asia y del mundo como Occidente podrá volver a ganarse la confianza de los chinos. No podrá hacerlo sino aumentando su receptividad a sus valores culturales, mostrándose más sinceramente deseosos de colaborar con ellos en vista al progreso social.

Al aceptar un diálogo abierto entre la cultura occidental y la oriental podría llegarse a un concepto universal de cultura, concebida como una suprema conquista de la libertad, y accederse a un grado superior que la cultura occidental ha procurado alcanzar por su universalidad sin obtener más que un fracaso total, al violar el alma de las demás culturas con las que ha es-

tablecido contacto. Las victorias espectaculares de China contra el hambre y la miseria, su enorme influencia en la mayoría de los países subdesarrollados del mundo, permiten entrever una posible realización del gran poeta Indio Rabindranath Tagore, que decía que «los mendigos harapientos de Oriente conquistarán un día la libertad para la humanidad entera».

No puede pensarse en esta inmensa masa humana, frenéticamente ocupada en conseguir un lugar en el sol, sin que en nuestra mente surja la inquietante cuestión de saber cuál será el comportamiento del pueblo chino frente al resto del mundo en lo que queda del siglo XX. En una época en que la ciencia de la prospectiva se presenta cada vez más como un instrumento indispensable a la supervivencia de la humanidad, que no puede esperar pasivamente lo que le proponga el futuro, sino que quiere avanzar valientemente para edificarlo con sus propias manos, ninguna prospectiva de nuevo orden mundial puede ser considerada válida mientras no tenga en cuenta, con clara conciencia crítica, el papel que debe desempeñar el pueblo chino en esta época de transmutación radical que atraviesa el mundo.

■ J. DE C. (Copyright by La Monda Diplomatique - FIEL y TRIUNFO.)